

la muerte y que puedes rehusar tu amor y el de tu querida madre á los que te le piden de todo corazón y con el mas tierno afecto? Oh madre de este divino amante, á quien mereciste llevar en tus entrañas y criar con tus pechos virginales, ¿tendrás valor de negarnos tu amor y el de tu amable hijo, que pedimos con las manos juntas por la bondad de tu corazón maternal? Venérete mi espíritu como mereces: ámete mi corazón como conviene: quíerate mi alma cuanto pueda, para que todo lo que hay en mí y todo lo que yo soy, cante por siempre: El hijo y la madre sean alabados en todos los siglos.»

§. V.—El sexto rasgo de amor es amar por amor de ella á todos los que son suyos ya por título de parentesco, ya por elección: donde se habla especialmente de S. Joaquín, santa Ana y S. José.

No sin motivo se compara el amor al aceite, porque tiene las propiedades de este y especialmente que no se detiene en la persona amada, sino que se extiende y comunica como el aceite á todo lo que está conjunto á ella. La experiencia diaria enseña que por amor de nuestros amigos sentimos inclinación hácia ciertas personas, que de otra suerte nos serian indiferentes. No es mi ánimo sentar esto de los parientes ó amigos de la madre de Dios, porque tienen de suyo calidades que los hacen dignos del amor y reverencia de todos; mas quiero decir que su relación con ella les da singular realce y esplendor y mueve á todos los siervos amantes de la Virgen á redoblar su cariño para con ellos. En primer lugar pongo á los que mas tiernamente la amaron y honraron ya por medio de sus escritos ó de otro modo, y á quienes dió ella testimonios de amor reciproco, que no quiero enumerar aquí, porque se ha dicho ya lo bastante en los tratados de esta obra. En segundo lugar pongo á los

que la honraron en vida y tuvieron la dicha de poseer su amistad y gozar de su dulce trato, como su parainfante el arcángel Gabriel, los apóstoles y discípulos del Señor, la Magdalena, Marta y las otras santas mujeres que la acompañaron en sus trabajos y adversidades. También comprendo con mas justicia á sus parientes y deudos, como S. Zacarías, santa Isabel, S. Juan Bautista, santa Maria Cleofé, Santiago el menor hijo de esta, Salomé con sus dos hijos Santiago el mayor y S. Juan, el cual dió nuevo realce al título de pariente por los buenos servicios hechos á Maria santísima en calidad de su hijo adoptivo y escudero. Pero entre todos me siento obligado por especialísimo afecto á sus padres S. Joaquín y santa Ana y á su muy digno esposo S. José, y juzgo ser un deber notar algunas obligaciones particulares que tenemos de honrarlos.

*De las obligaciones que tenemos de honrar á S. Joaquín y santa Ana.*

I. Con razón dice el filósofo Protarco en Aristóteles que son dichosas las piedras de que se construyen los templos y se labran los altares, por el honor que reciben en ser empleadas en el servicio de Dios. Esta dicha toca muy ligeramente á las piedras muertas, porque no sienten; mas no así á las vivas como S. Joaquín y santa Ana, que tuvieron la honra de contribuir á la edificación de la virgen Maria, templo augusto de la sabiduría encarnada, porque ademas de ser inexplicable la dicha de que gozan, llega á su colmo por el conocimiento que tienen de ella. ¿No parece haber sido figurados por aquellas piedras grandes y preciosas, que segun la Escritura se pusieron en los cimientos del templo de Salomon (1)?

Porque ellos fueron grandes y preciosos en todas las calidades que pueden realzar á una persona ya delante de Dios, ya delante de los hombres (1).

*Su nobleza.*

II. Fueron esclarecidos en nobleza, como que ambos descendian de la familia real de David y por consiguiénte de los patriarcas y profetas, á quienes Dios honró tanto. Asi lo enseña S. Justino mártir (2), Tertuliano (3), S. Ambrosio (4), S. Gerónimo (5), S. Andrés de Candia (6), S. Hilario (7) y otros muchos (8); y aun cuando faltasen sus testimonios, son indudables los de la sagrada escritura, que dice que el redentor del mundo debia de descender de la familia de David; cosa que seria difícil de probar si la Virgen misma no hubiera nacido de los descendientes de David. Con efecto de poco serviria que su esposo S. José fuese hijo de David, si ella no lo fuera en su tronco, porque no habiendo Jesus tomado nada de S. José no podria decirse que fuese verdadero hijo de David segun la carne por solo el motivo de su padre putativo. Asi esto debe de quedar fuera de controversia, principalmente por lo que toca á S. Joaquin. En cuanto á santa Ana bien sé que S. Hipólito, S. German de Constantinopla y Nicéforo enseñan que descendia de la tribu sacerdotal para probar lo que han

(4) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota B, que va puesta al fin del tomo.

(2) Apol. secunda pro christian.

(3) Adversus judæos, cap. 9.

(4) De Spiritu Sancto, l. 2, c. 9.

(5) In cap. XII Isai.

(6) Orat. 2 de dormit. B. Virg.

(7) In Matt.

(8) Apud Canis, l. 4 de B. Virg. c. 4, et Christophor. à Castro, cap. 4 Histor. virginalis, donde enseña especialmente esto de santa Ana.

dicho los mas de los santos padres; á saber, que Jesucristo no solo descendia de los reyes de Judá, sino tambien de los sumos sacerdotes, como que en él habian de unirse todos los títulos de nobleza y él habia de ser rey y sacerdote sumo á un mismo tiempo. No obstante san Ambrosio siguiendo la antigua tradicion es de la opinion contraria, y sostiene que santa Ana lo mismo que santa Isabel eran de la familia real de David, á lo menos en cuanto á la línea paterna. Ni habria necesidad de que los doctores citados recurriesen á esos extremos para hacer descender á nuestro Señor de la raza de los sumos sacerdotes, pues basta que estas dos líneas hubiesen emparentado muchas veces entre si, como se manifiesta en diversos lugares de la Escritura, y que la tribu sacerdotal tuviera el privilegio de poder emparentar con las otras tribus (1).

*Su piedad.*

III. Fueron grandes en piedad y devocion, porque afirma S. Andrés de Jerusalem (2) que santa Ana ofrecia á Dios muchas oraciones, votos y sacrificios. S. Gregorio Niseno (3) y S. Juan Damasceno (4) dicen que á imitacion de Ana la madre de Samuel recurria ella al santuario suplicando á la majestad divina no privase de la bendicion de la ley á la que no habia contravenido jamás á la ley. S. Epifanio dice lo mismo de S. Joaquin (5) y defiende que la Virgen fué concedida á sus oraciones y á las de su santa esposa Ana. S. German de Constantinopla nota que las oraciones engendraron á nuestra señora

(1) Véase la adición de la madre María Jacoba de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota C.

(2) Orat. de dormit. B. Virg.

(3) Orat. in natalem Domini.

(4) De fide, l. 4, cap. 15.

(5) Hæres, 78.

mas bien que sus padres Joaquin y Ana. El piadoso Gerónson en un sermón que predicó el día de la Concepción en la iglesia de S. German de Paris, dijo agudamente que cuando Dios iba buscando entre sus criaturas un hombre y una mujer dignos de ser padres de la que había de llevar en las entrañas á su hijo único, recibió la súplica que le presentaron S. Joaquin y santa Ana. Los mas de los santos padres dicen lo mismo; pero S. Gerónimo (1), Metafrasta (2) y Nicéforo (3) cuentan con mas particularidades la historia del modo siguiente. Joaquin y Ana llevaban veinte años de casados sin haber tenido sucesión por la esterilidad de Ana; lo cual los afligia sobremanera, de suerte que no se pasaba un día en que no pidiesen á Dios con lágrimas que les quitara aquel oprobio dándoles sucesión. Pero nada los avergonzó tanto como la accion del sumo sacerdote Isacar, porque habiendo ido ellos á Jerusalem segun costumbre á celebrar una de las fiestas solemnes, Isacar los reprendió públicamente porque llevando sobre sí las señales de la maldicion de Dios se atrevian á presentarse entre el pueblo. Los dos esposos lo sintieron tanto, que no sabiendo de quién recibir consuelo dieron confiados sus quejas á Dios y prometieron consagrarle el fruto de su matrimonio, si se dignaba de librarlos de aquella afrenta. Asi no atreviéndose á presentarse delante de la gente se retiraron Joaquin al monte con sus pastores y Ana á su huerto para vacar á la oracion con mas libertad y tranquilidad de espíritu. A principios de diciembre bajó un ángel del cielo á visitarlos á cada uno de por sí y les prometió de parte de Dios una hija llamada Maria, que no solo les causaria gozo, sino que seria la dicha del mun-

(1) Orat. de orta B. Virg.

(2) Historia de vita et dor-

(3) Hist. eccles., l. 4, c. 7.

do, pues que debía de ser la madre del Mesías prometido en la ley. Añadió en testimonio de verdad que les anunciaba saliesen de su retiro y se encontrarían en el camino; lo cual aconteció puntualmente como les había dicho.

*Su abstinencia y mortificacion.*

IV. Fueron grandes en abstinencia y mortificacion; porque si S. Pablo pudo decir con verdad que no cedia ventaja á los principales apóstoles, ni aun á aquellos en quienes había alguna cosa que los ensalzaba sobre los otros, me parece poder decir que los padres de la Virgen igualaron en acciones heroicas á los mas insignes patriarcas y profetas. S. German de Constantinopla escribe que ayunaron cuarenta días como Moisés y Elías (1). S. Gregorio Niseno (2), S. Andrés de Candia (3) y otros dicen que sus ayunos eran acompañados de continuas lágrimas y que estas les servían de pan y de sustento como al rey David. Este es á mi juicio el motivo por el cual S. Juan Damasceno los llama un par de tórtolas racionales, porque así como estos animalitos pasan parte de su vida en la soledad gimiendo sobre los árboles mas áridos que encuentran, así aquellos santos esposos hacían en la austeridad de su retiro una vida mas semejante á los solitarios que á las personas comunes del siglo. Tal vez por esta causa llama S. Buenaventura á la Virgen un sauce verde, queriendo manifestar que así como este árbol nunca crece, ni prospera mejor que cuando está plantado á la orilla de algun rio, así la santa niña vino al mundo despues de haber sido regada abundantemente con las lágrimas de S. Joaquin y santa Ana. ¡Dichoso el fruto concebido en medio de tan santos ejercicios!

(1) Orat. de present. B. Virg.

(2) En los lugares citados.

(3) Orat. de Nativit.

Su castidad.

V. Ellos fueron grandes en castidad, porque como dice S. Pedro Crisólogo (1), el ayuno es la insignia de la castidad y la gala de la honestidad, y segun S. Basilio el cuerpo de guardia del matrimonio y el padre y sustentador de la virginidad. Si Vicente no quiere se ponga en duda la castidad de estos santos casados, y sostiene que así que S. Joaquín conoció ser verdaderamente estéril santa Ana, no se llegó mas á ella hasta que recibió mandato expreso del cielo. La razon que el santo alega, es que habiéndose instituido el matrimonio por Dios para dos fines solamente, á saber, para mitigar el fuego de la concupiscencia y para procrear, parece que las excelentes virtudes de estos dos siervos de Dios y el estado á que eran llamados, alejaban de ellos esos apetitos bestiales, que otras muchas personas de menos importancia que ellos no sintieron. De aquí se sigue que no teniendo ninguna esperanza de sucesion se abstendrian enteramente de usar el permiso que el matrimonio les daba. La virgen Maria se lo reveló así un dia á santa Brigida asegurando que el fuego del deleite sensual estaba enteramente muerto y apagado en sus padres, y que hubieran preferido morir antes que inclinarse al matrimonio por el cebo del deleite solo: que fueron obligados á contraerle por orden del cielo; y que el amor de Dios tuvo sobre ellos un influjo que el amor sensual no hubiera tenido nunca; de suerte que su castísimo cuerpo fué concebido por un simple movimiento del amor divino y no por ningun desorden del apetito sensitivo. Con efecto si es verdad lo que dice S. Efren (2),

(1) Serm. 42.

(2) Parænes. 46.

que Dios al revés de la carne siembra por lo comun en cuerpos secos y consumidos, y que el Espiritu Santo se complace con los que aman la castidad, pedia la razon que los cuerpos de donde habia de salir la pureza misma, tuviesen una gordura mas espiritual que carnal, y que los vasos que debian de recibir tan abundantemente la operacion y las gracias del Espiritu Santo, fuesen perfumados mucho tiempo antes con el suave olor de la castidad. Convenia que la cantera de donde habia de sacarse el templo místico de la santísima Trinidad, fuera santa y celestial, y que la flor de la virginidad proviniese de la vara del matrimonio mas santo del mundo. En una palabra era de todo punto razonable y conveniente que si Dios habia de dar pruebas de su omnipotencia haciendo nacer á la Virgen de las virgenes de padres estériles, fuesen estos dignos de tan singular merced por su castidad. Esto parecerá mucho mas cierto, si se medita lo que dice el elocuente arzobispo de Ravena á un propósito semejante (1): «¡Dichosa la naturaleza, que habia faltado en un hombre y una mujer para recibir con tantos intereses en la persona del mismo Dios el honor de que ella habia caido! Dichosa por haber visto reparadas las ruinas de la esterilidad con las admirables ventajas de la virginidad fecunda. Dichosa con haber adelantado mas en una sola concepcion que hasta allí con tantos lastimosos preñados. Dichosa por haber sido la madre de la vida, cuando antes era la madre de los que nacian muertos, cuando paria con trabajo victimas de pena y de dolor, cuando paria con lágrimas los que solo habian de sentir pesares, cuando daba á luz con peligro sus hijos que debian de vivir entre riesgos y azares, cuando devoraba su propio fruto como quien sabia

(1) Serm. 87.

bien que engendraba con muchos trabajos unas criaturas que apenas habian nacido, eran condenadas á muerte. Esas mismas consideraciones le hacian mas tolerable su esterilidad temiendo que su fecundidad tornase en perjuicio de los suyos y que diese al mundo llantos mas bien que hijos. Entre tantos gritos y gemidos no se encontraba mas que un solo bien; á saber, que se dirigian al autor de la misma naturaleza, el cual habiéndolo hecho sin defectos podia repararla tan fácilmente como lo habia ejecutado la vez primera; y este fué el motivo por el cual quiso abrirse un nuevo camino en la misma naturaleza pasando con una firmeza mas divina que humana por una concepcion y nacimiento virginales como por una senda desconocida sin dejar rastro ni huella á fin de restaurar á la naturaleza en su primitiva libertad y limpiar los arroyos purificando la fuente.

*Su fé y su esperanza.*

VI. Fueron grandes en la fé y la esperanza, porque si la fé, como dice S. Ambrosio (1), vive y obra milagros aun despues de la muerte y hasta tiene la virtud de resucitar á los muertos, ¿quién negará que fué grandísima la fé de S. Joaquin y santa Ana, pues segun el lenguaje de S. Pedro Crisólogo (2) hizo reverdecer á unos cuerpos ya secos, rejuveneció á unas personas muy ancianas y en cierto modo restituyó la vida del poniente al levante? Si es propio de la esperanza á juicio del bienaventurado Antioco producir excelentes frutos por medio de la fé que le sirve como de regadera; ¿cuál debió de ser la esperanza que dió al mundo un fruto tan hermoso, es decir, Maria, el fruto de bendicion? Si las lágrimas son la

(1) Orat. in funer. Theodos. (2) Serm. 87.

sangre del alma, como las llamaba S. Antonio de Pádua (1), y si la esperanza es la sangre de la fé, como la llamaba Clemente Alejandrino (2); ¿cuál seria la fé de aquellos santos que derramaron tantas lágrimas, y cuál la esperanza fundada en una fé tan firme? ¿Cuánta sangre les costaria la prenda preciosa que dieron al mundo! La sagrada escritura pone en las estrellas la fé de Abraham, á quien da el glorioso título de padre de los creyentes, aunque el Crisóstomo y S. Gerónimo le acusan de algo desconfiado fundándose en el capitulo XVII del Génesis, donde se dice que despues de asegurarle un ángel que tendria un hijo comenzó el patriarca á sonreirse en su corazon diciendo para sí: ¿Cómo es posible que me nazca un hijo á los cien años y que Sara de edad de noventa años tenga ya hijos? Es verdad que S. Pablo parece le defiende con energia en el capitulo IV de la epistola á los romanos, diciendo que creyó firmemente y esperó contra toda esperanza: que ni la consideracion de su ancianidad, ni la de Sara, en quien habia aun menos probabilidad de concebir, hizo vacilar su fé. Sea de esto lo que se quiera, para no menoscabar en nada los méritos de los santos, si la fé de Abraham y Sara fué grande, puedo certificar que no fué menor la de S. Joaquin y santa Ana, atento á que S. Epifanio, S. Gerónimo, san Gregorio Niseno, S. German, S. Andrés de Candia y los otros padres susodichos defienden que nunca vacilaron en su creencia ni aun en la silaba mas pequeña de lo que les habia predicho el ángel. Si Abraham y Sara creyeron que todas las naciones serian benditas en el hijo que habia de nacer de ellos, san Joaquin y santa Ana tuvieron por cierto que serian padres de aquella á quien S. Efren llama (3) la esperanza de

(1) Dominic. 4. post. Epi-phan. (2) Pædagog., 4. (3) Serm. de laudib. B. V.

los antiguos padres, la alegría de los buenos, la luz de los justos, el honor de Abraham, Isaac y Jacob, la gloria de Moisés y Aaron y la corona de todos los santos. Aquellos saludaron de lejos la preciosa joya del cielo, que habia de ser el honor de su linaje; estos merecieron estrechar entre sus brazos á la madre y al hijo, por quien debia ser reparado todo el mundo. Aquellos no tuvieron noticia de la dicha que habia de venirles por medio de Isaac, hasta que se la comunicó el ángel; estos habian tenido de antemano algun conocimiento de la suya; de donde procedian las encarecidas súplicas y las continuas oraciones que hacian á Dios, segun manifiestan los citados doctores. En fin si la fé estuvo en su infancia en los patriarcas y en su adolescencia en los profetas, como dice el abad Guerrico (1); ¿no puedo decir que estuvo en su edad madura en estos que alcanzaron tan de cerca la gracia del nuevo testamento?

*Su caridad.*

VII. Fueron grandes en caridad para con Dios y el prójimo. En cuanto á esta los doctores dicen cosas estupendas del esmero con que los santos esposos socorrian á los pobres, hospedaban á los peregrinos y asistian á los menesterosos de todas clases. S. Gerónimo atesta (2) que dividian sus rentas en tres porciones, destinando la una á sustentar á los ministros del templo, la otra al socorro de los pasajeros y de los necesitados y la tercera á la manutencion de su corta familia. En cuanto al amor de Dios es fácil juzgar por lo dicho hasta aquí, si se atiende á que segun observacion de Ricardo de S. Victor (3) esta virtud es la fortaleza y la medula de las otras y la

(1) Serm. 4 de nativit. Do-  
mini.

(2) Orat. de ortu Virg.  
(3) De gradibus charitatis.

que las pone á todas en accion; pero mucho mas por lo que dice S. Gerónimo (1); que su vida era sencilla é inocente, recta delante de Dios é irrepreensible delante de los hombres; en una palabra que se hacian singularment e amables tanto á estos como á aquel.

*Sus nombres y la alteza de sus virtudes.*

VIII. Finalmente fueron grandes en todo género de virtudes. Asi debemos de creerlo de los padres de Maria y de los abuelos de Jesus. Fijemos la atencion solamente en los nombres de ambos, dice S. Epifanio (2), y veremos como unos presagios de su santidad. Joaquín vale tanto como preparacion del Señor, y Ana significa la gracia. ¿No era esto dar á entender al mundo que estaban bien adornados de gracia y de todo lo que suele acompañarla, y que tenian todo lo necesario para preparar el hospedaje al señor del universo? Porque convenia, dice S. Pedro Crisólogo (3), que la morada de la santidad estuviere mucho tiempo antes preparada y limpia en la persona misma de los padres de la Virgen. El ángel que instruia á santa Brigida, le hizo ver la excelencia de la santidad de ellos por el siguiente razonamiento. Figúrate, oh casta esposa de Jesucristo (le decia) una águila real, que queriendo hacer el nido para sus aguiluchos va de bosque en bosque y vuela de monte en monte para escoger un árbol á propósito. Aquella ave no descansa hasta que encuentra el mas alto y lozano, el que tiene mas profundas raices y está mejor guarecido de las borrascas. Luego que le halla, se posa allí, escoge la rama mas firme y elevada y cria á sus polluelos con indecible cuidado. Imagínate ahora que Dios se asemeja

(1) En el lugar citado.

Deipara.

(2) Serm. de sancta Maria

(3) Serm. 94.